

EL FUTURO POLITICO DEL JAPON (*)

Para estar en condiciones de prever algo acerca del porvenir de una nación es, sin duda, conveniente conocer tanto su pasado como su situación actual, sin descuidar por ello los rasgos esenciales de su carácter nacional. Para hacerlo con eficacia, sin embargo, precisaremos referirnos a consideraciones más amplias de la historia mundial y a comparaciones con otras naciones que revelarán semejanzas con aquélla en algún punto característico.

I

Los quinientos años anteriores al nacimiento de Jesucristo constituyen probablemente el período más importante de la historia humana. Se asemejan, en ciertas características esenciales, a la adolescencia de una vida humana. En este período la humanidad adquirió por vez primera clara consciencia de su naturaleza racional y moral, al igual que un joven de veinte años. En este período nacen las grandes ideas filosóficas en China, en India y en Grecia. Los pensamientos religiosos que han imperado después en el mundo tienen también su fundamento en esta época. Los guías espirituales enseñaron entonces a los hombres, en Oriente y en Occi-

(*) El autor de este trabajo es profesor de Filosofía en la Nippon University, de Tokio. Sobre este mismo tema ha publicado ya «Geschichtssphilosophische Betrachtungen über das moderne Japan», *Studium Generale*, VII-5, Heidelberg, 1954; «Le sens de l'existence historique du Japon moderne», *Revue de Psychologie des Peuples*, X-1, Le Havre, 1955; y «Sociopolitical experiment in postwar Japan», *Ethics*, LXVI-4, Chicago, 1956. Tiene en prensa el libro *Les grands courants de la pensée mondiale contemporaine: Japon* (Marzorati-Editore, Milano). Para la mejor comprensión de los temas a que este artículo hace referencia, pueden también verse E. O. REISCHAUER: *Japan Past and Present*, 2.ª ed., Tokio, C. E. Tuttle Co., 1953, y J. STOETZEL: *Jeunesse sans Chrysanthème ni Sabre*, Pion-UNESCO, 1954.

dente, el ideal del espíritu racional y la moral del amor fraterno.

«El camino del cielo es el camino del hombre», «Brahma eres tú», «Dios está en mí». Estas son expresiones muy diferentes, pero que indican un único y mismo aspecto de la naturaleza humana: el alto carácter racional del hombre. «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti», dijo Confucio. «Haz a tu vecino lo que quisieras que él te hiciera a ti», dijo Jesús. Y Buda, a su vez, dirá: «Todos los seres son hermanos nuestros». El conjunto de estas instrucciones mira en realidad a un único y mismo fin: La moral del amor entre los hombres.

Pensemos en la época en que nació este ideal clásico del hombre racional y moral. Fué cuando el hombre, después de superar la inmensa prueba natural del período glacial, salió finalmente vencedor de su lucha contra los animales salvajes, siquiera permaneciese totalmente ignorante de la amenaza microbiana. Por consiguiente, era ya la lucha irracional de los hombres entre sí la que amenazaba su vida con más seriedad y frecuencia. Huelga decir que todos los guías espirituales de la humanidad en esta época se daban perfecta cuenta de ello.

A *grosso modo*, la cultura oriental tal y como se conserva todavía en el Japón se apoya en dos grandes bases espirituales: el pensamiento religioso indio del budismo y el pensamiento filosófico chino del confucismo. Al igual que ella, la cultura occidental tal y como sigue floreciendo en Europa y en América, representa esencialmente una síntesis de sus dos grandes legados espirituales: la religión cristiana y la filosofía griega. Tal paralelismo cultural entre Oriente y Occidente podría ser confirmado una vez más no sólo por el hecho ampliamente conocido de que la posición histórica de Buda en la tradición hindú es análoga a la de Jesús en la tradición hebrea, sino también por la asombrosa semejanza entre la vida de Confucio y la de Platón. Platón hizo tres viajes a Sicilia para realizar allí, de un modo o de otro, su ideal político, pero una y otra vez volvió desilusionado a Atenas, y finalmente se consagró a la educación de la juventud.

En resumen, las culturas clásicas de la antigüedad humana, cuya característica común fué el elevado idealismo del espíritu racional y del amor fraternal, alcanzaron su madurez, en Oriente como en Occidente, en períodos poco espaciados y se difundieron a continuación por los dos costados del mundo antiguo. Lo que es todavía más notable es que en los dos extremos del continente euro-

asiático el desarrollo histórico de la cultura humana ha proseguido en tres etapas principales, esencialmente análogas entre sí: una Antigüedad de atmósfera natural y humana, una Edad Media de feudalismo militar y de moral religiosa y después los tiempos modernos, acompañados de un renacimiento intelectual, una reforma religiosa y una revolución social.

II

En principio, y etapa por etapa, debe constatarse lo que sigue:

1. Japón gozó de una cultura antigua de tendencia natural y humana notablemente próxima a la de la antigüedad grecorromana. En el seno del movimiento espiritual del Renacimiento de esta cultura de la antigüedad nipona nació el movimiento revolucionario de la restauración de Meiji en 1868, análogamente a como en Europa la Revolución Francesa obtuvo su fuerza espiritual de las ideas filosóficas del Renacimiento de la antigüedad grecorromana.

2. Japón atravesó una Edad Media de feudalismo y de religión no menos característica que la de Europa, aunque muy diferente en detalles. Todavía más, en su lenta y vacilante transición a los tiempos modernos podemos notar igualmente tres fenómenos análogos a los del Renacimiento, la Reforma y la Revolución europeos, aunque en menor escala.

3. La reforma del budismo en el Japón, ocurrida en el siglo XIII, y la del cristianismo en Europa en el siglo XVI, presentan una gran analogía. El neobudismo de Shinran, sobre todo al insistir en la salvación sólo por la fe y en la igualdad de todos en esta salvación, estuvo, en efecto, mucho más próximo al protestantismo cristiano que al budismo histórico. El patriotismo religioso de Nichiren tuvo muchos puntos en común con el de los protestantes nórdicos.

4. Por lo que toca al Renacimiento, el paralelismo histórico entre el Japón y Europa occidental parece no ser todavía suficientemente conocido. Aunque la reforma japonesa antecede en más de dos siglos a la de Europa, el Renacimiento japonés en forma de un Renacimiento literario de manuscritos antiguos, casi olvidados, tiene lugar tres siglos más tarde que el de Europa, y no culminó sino en el siglo XVIII en la persona de Norinaga Motoori. «Un corazón puro, dijo él, es un corazón natural». «Los teólogos confu-

cistas, respetados como sabios, y los sacerdotes budistas, honrados como santos, gustan de hablar de la belleza de los astros y de las flores. Pero no parecen haber mirado jamás a una mujer hermosa. «¡Qué falsedad de corazón!». «Odián las inclinaciones naturales del hombre, pero ¿no son estas inclinaciones naturales leyes divinas?». Estas palabras de Motoori revelan con nitidez el mismo sentimiento de gozo y amor a la naturaleza y al hombre que proclama el Renacimiento europeo.

Dándose la mano con este movimiento literario se produjo un Renacimiento en la pintura, de colores vivos como en Ukiyoe, y finalmente, como ya hemos indicado antes, en el seno de este movimiento espectacular de retorno a la cultura antigua, más natural, se desarrolló un movimiento revolucionario contra el régimen feudal del Shogunado de los Tokugawa, lo que nos hace pensar irresistiblemente en una relación ideológica con la filosofía rusioniana de la «vuelta a la naturaleza» y en la Revolución Francesa.

5. Por lo que toca a la revolución social, el tercer factor de los tiempos modernos, la Restauración de Meiji en 1868, es un paralelo cabal de la Revolución Francesa. La Restauración de Meiji, de origen estrictamente nacionalista, hizo del Japón un nuevo país progresista abierto a todas las corrientes del mundo. Así comenzó la modernización del Japón en el sentido de europeización, siquiera ella no fuera, por decirlo así, sino una continuación a la europea de lo que había comenzado a la japonesa. Todavía más, en las enseñanzas de Sontoku Ninomiya, filósofo-economista famoso que vivió hacia el fin del régimen feudal y proclamó aproximadamente en el mismo sentido que Max Weber la moral del protestantismo calvinista como el espíritu director del capitalismo moderno en Europa, podemos encontrar una causa moral del gran éxito del capitalismo industrial en el Japón contemporáneo, cosa que representa indudablemente un contraste con lo sucedido en otros países orientales. La filosofía económica y moral de Ninomiya con sus cuatro principios: fe, trabajo, economía y caridad, resultaría evidentemente más favorable a la competencia capitalista que ninguna forma de cristianismo secularizado y ha reinado virtualmente sobre la educación nacional japonesa de antes de la guerra en lo que hace a la moral práctica.

En una palabra, el pueblo japonés situado en el extremo orien-

tal del Continente euroamericano ha experimentado, en principio, las mismas etapas de desarrollo cultural que los pueblos europeos situados en el extremo occidental del mismo continente.

III

Después de la precedente interpretación del Japón moderno, hecha sobre la base de consideraciones comparativas de la historia del mundo, es necesario completarla ahora con la observación metódica de sus particularidades intrínsecas.

Situado a lo largo de las costas orientales del Continente asiático, Japón ha sido siempre un país aislado. A esta condición natural vino a unirse la política conservadora de aislamiento nacional del Shogunado de los Tokugawa. Incluso bajo la política de «puerta abierta» del régimen de Meiji, estas constantes nacionales persistieron, aunque bajo otra forma. Los hijos del Japón debían ser japoneses por encima de todo y ante todo. En el Estado japonés tradicional, Kok'ka, que significa literalmente «país-familia», todos sus miembros debían estar completamente integrados en el conjunto, como si se tratase de una familia privada, siendo el Emperador el padre de este «país-familia». El sistema imperial del Japón de la preguerra, a su vez, estaba basado en el sistema familiar del antiguo Código civil, que asignaba al jefe de la familia un lugar privilegiado. Estos dos sistemas formaban conjuntamente el núcleo de la sociedad japonesa tradicional, que había sido fortificada por las reformas de Meiji y preservada, a pesar de todas las europeizaciones del Japón moderno, hasta el fin de la guerra del Pacífico. La fuerza subyacente de esta tradición característicamente nacional persiste todavía hoy, creo yo, en el alma del pueblo japonés en general.

Por otro lado, el alma japonesa es un alma especialmente sensible, posiblemente por el clima extraordinariamente variado y muy cambiante del país. Una sensibilidad característica penetra todos los repliegues del alma japonesa y dirige todos sus gustos, todas sus pasiones y hasta su inteligencia. En efecto, la inteligencia japonesa ha sido siempre maleable, notablemente ante la influencia de las culturas extranjeras.

Impulsado paso a paso por el vigor de la cultura europea y la fuerza intrínseca de la tradición, todo el desarrollo del Japón moderno después de 1868 muestra un movimiento ondulatorio muy característico en el que cada período corresponde aproximadamente a dos generaciones de unos veinte años cada una. En el curso del primer período, la europeización en todos los campos de la vida japonesa fué fomentada considerablemente por el joven Emperador Meiji y sus ministros progresistas, pero la reacción nacionalista con la proclamación de la Constitución imperial de 1889 no se hizo esperar, obteniendo primero la victoria sobre China en 1895 y más tarde sobre Rusia en 1905. En el segundo período, que sucedió a la anexión de Corea en 1910, el movimiento democrático y europeizante se destacó nuevamente, acelerándose a continuación por la feliz participación del Japón en la primera guerra mundial al lado de los aliados. Una vez más, la reacción no tardó en presentarse en medio de este movimiento popular de democratización. Con el incidente de Manchuria de 18 de septiembre de 1931 se anunció la segunda pleamar del militarismo nacionalista que finalmente condujo a Japón a la tragedia nacional de 1941-1945: la guerra del Pacífico.

Tras la capitulación del 14 de agosto de 1945 y mucho más después del Tratado de San Francisco en 1951, Japón se ha alistado en una nueva vía democrática de tipo anglosajón, liquidando por completo, jurídicamente cuando menos, los dos elementos arcaicos de su sociedad tradicional: el sistema del Emperador absoluto y el sistema patriarcal de la familia. La vía de la democracia occidental se encuentra así enteramente despejada ante el pueblo japonés y nada parece impedir el avance de éste por tal ruta. Empero, la situación no es realmente tan simple.

IV

Es verdad que la nueva Constitución del Japón está hecha sobre el modelo anglosajón y que su sistema parlamentario actual es también del tipo angloamericano. Pero el sistema de los grandes partidos políticos no funciona en Japón tan bien como en Inglaterra y en los Estados Unidos, porque sus dos partidos no están

todavía suficientemente equilibrados (1). Aún más, ambos están infiltrados por un sectarismo intrínseco, como si se tratara, en realidad, de varios partidos, cosa que nos hace pensar más bien en el sistema francés (2).

Por otra parte, la situación espiritual del Japón de la postguerra se parece mucho a la de Francia después de 1875. A diferencia de la mayor parte de los demás pueblos contemporáneos, el francés y el japonés no poseen lazos sociales suficientemente fuertes para poner freno a los deseos individuales, ni bajo la forma de una tradición religiosa dominante, ni bajo la forma de un control ideológico del partido gobernante. Probablemente ha sido sobre todo a causa de la educación nacional totalmente secularizada por la tercera República por lo que el pueblo francés ha perdido sus creencias. En las escuelas japonesas de la anteguerra, el Emperador y la Resolución Imperial sobre la Educación constituían la creencia nacional que ha sido perdida totalmente por la juventud de la postguerra.

De hecho, jamás ha existido generación japonesa alguna con un alma tan libre y tan confusa como la «juventud sin crisantemo ni espada». Casi todos los elementos culturales de Oriente y de Occidente, antiguos y modernos, se encuentran en ella amalgamados confusamente. Entre los jóvenes japoneses de hoy reina una inmensa variedad de ideas y de valores. A través de este caos se vislumbra un sentimiento básicamente humano, un nuevo humanismo que aspira vagamente a la futura comunidad humana del mundo. El gusto cultural por todo lo francés entre los jóvenes intelectuales japoneses es testigo indirecto de ello. Francia es evidentemente el país de la humanidad en el sentido verdadero de la palabra. Por desgracia, es en Francia donde la democracia occidental sufre más en nuestros días; se resiente básicamente de un individualismo desintegrador. ¿Conseguirá Francia superar esta en-

(1) He aquí la composición de la Cámara de Diputados después de la elección general de 23 de mayo de 1958:

Liberales-Demócratas	287
Socialistas	166
Comunistas	1
Independientes	13

(2) El autor se refiere a la IV República Francesa. (N. del T.)

fermedad y mantener el orden en su sociedad puramente humana?

En términos más generales: ¿puede subsistir una Nación por mucho tiempo sin ayuda de una tradición religiosa, ni de la fuerza de un control ideológico gubernamental? ¿Están ya suficientemente maduros los hombres de hoy para esta tarea que jamás ha sido realizada en la historia humana? El destino de la Humanidad, por lo menos el de todas las naciones democráticas del mundo, dependerá en último término de la solución de este problema. En Francia se ha puesto en práctica desde bastante antes de la guerra un experimento, por llamarlo así, pero sin haberse llegado hasta ahora a ningún resultado positivo, en tanto que en Japón ha comenzado otro hace unos diez años. Ello es razón de más para que seamos prudentes a propósito de Japón. Sin embargo, intentaremos aquí prever algo de su futuro.

V

Tomando en cuenta las observaciones precedentes, ¿cuáles son las conclusiones que podemos sacar? Las formularemos en cinco preguntas y respuestas, tal y como sigue:

1. ¿Seguirá el Japón de hoy sin desviarse su nueva ruta de democracia occidental? O bien, ¿continuará su habitual movimiento característicamente ondulante posterior a 1868? Lo más probable es decididamente esto último.

Ni la ocupación americana, ni la nueva Constitución democrática han cambiado la sociedad japonesa de una manera tan revolucionaria como lo hizo la Restauración de Meiji. Por otro lado, en el Japón, en contraste con los demás países orientales, ha existido siempre un movimiento democrático a partir de 1868 y la forma democrática reciente no es en el fondo sino su tercera expansión después de la desastrosa retirada de la segunda pleamar del nacionalismo militar de la historia del Japón moderno.

2. ¿Seguirá siendo el período de este movimiento ondulatorio de la misma duración que ha sido hasta aquí? No; probablemente será algo más corto.

Será así, primero, porque la reforma posterior a la guerra ha establecido por vez primera en Japón un sistema verdaderamente democrático, muy amado por la mayoría del pueblo que está resuelto a defender ese principio y también porque el sistema de-

democrático hace siempre más flexible a la sociedad que lo adopta. En segundo lugar, porque la oposición dinámica entre la fuerza de la cultura extranjera y la fuerza intrínseca de la tradición que ha estado en la base misma de todo el desarrollo ondulatorio de la sociedad japonesa contemporánea parece ir disminuyendo poco a poco.

3. ¿Proseguirá el nuevo Japón democrático por el camino angloamericano o por el de tipo francés? Según todas las apariencias va a seguir el primero.

Desde que en el otoño de 1955 se fundieron en dos los cuatro partidos más importantes de entonces, reina en el Japón el mismo sistema de dos grandes partidos políticos que en Inglaterra y en Estados Unidos, habiendo sido liquidada, aparentemente por lo menos, la tendencia disgregadora a la francesa de la postguerra. A pesar de la opinión pública media, algunos intelectuales japoneses han deseado un tercer partido importante entre los liberales-demócratas y los socialistas, algo así como el partido liberal entre los «torys» y el laborista en Inglaterra de hace unas decenas de años. Puede ser que éste fuera un buen remedio a los males de una democracia adolescente.

4. ¿Se someterá el Japón de hoy al principio de la democracia? Sí, durante algún tiempo por lo menos.

Según Jean Stoetzel existe todavía entre los estudiantes una abrumadora mayoría del grupo «para el pueblo» en relación con el otro grupo «por el pueblo», si se trata de elegir entre estos dos principios de democracia, cosa que también yo mismo he confirmado estadísticamente. Una debilidad semejante del pensamiento democrático ofrece un abrigo para movimientos fascistas o incluso comunistas, tanto más cuanto que hay una semejanza aparente, material tanto como espiritual, entre la Alemania posterior a la primera guerra mundial y el Japón de después de la segunda, y que la relación cultural del Japón moderno con el Occidente tiene algo en común con la de Europa oriental con Europa occidental. Por consiguiente, el porvenir del Japón dependerá mucho de la rapidez de desarrollo de su juventud democrática.

5. ¿Cuál es el porvenir del Japón? En resumen, el Japón moderno de hoy seguirá la línea angloamericana de democracia, pero ésta será decididamente más complicada, más vacilante y más peligrosa. Será casi inevitable un cierto retorno a su tradición nacional y ello servirá, temporalmente cuando menos, como una fuerza

integrante en una sociedad sin religión, tal y como es el Japón de hoy.

De este modo, el pueblo japonés conseguirá establecer, espero yo, su propia democracia, creando una síntesis de todas las tradiciones humanas del Este y del Oeste que sirva para la base común de la futura comunidad mundial.

SEIZO OHE

(Traducido por SALUSTIANO DEL CAMPO.)

R É S U M É

Pour être en mesure de prévoir quelque chose sur l'avenir d'une nation, il convient sans doute de connaître aussi bien son passé que sa situation actuelle, mais ceci sans négliger les traits essentiels de son caractère national. Pour le faire efficacement, cependant, il nous faudra nous référer à des considérations plus larges de l'histoire du monde et à des comparaisons avec d'autres nations susceptibles de révéler des similitudes avec la nation considérée sur tel ou tel point caractéristique.

En résumé, les cultures classiques de l'Antiquité humaine, qui avaient leur caractéristique commune dans le haut idéalisme de l'esprit rationnel et de l'amour fraternel, ces cultures classiques parvinrent à leur maturité, en Orient aussi bien qu'en Occident, à des périodes peu espacées et se répandirent, ensuite, vers les deux côtés extrêmes du monde ancien. Ce qui est plus remarquable encore, c'est qu'à dans ces deux extrémités du continent eurasiatique, le développement historique de la culture humaine s'est poursuivi en trois étapes principales, essentiellement analogues les unes aux autres: une Antiquité d'atmosphère naturelle et humaine, un Moyen-Age de féodalisme militaire et de morale religieuse, puis les Temps Modernes accompagnés d'une renaissance intellectuelle, d'une réforme religieuse et d'une révolution sociale.

Tenant compte de toutes les observations précédentes, que pouvons nous conclure finalement? Le Japon moderne d'aujourd'hui suivra la ligne anglo-américaine de la démocratie, mais d'une façon plus compliquée, plus vacillante et plus périlleuse. Un certain retour à sa tradition nationale sera presque inévitable et servi-

ra, au moins temporairement, de force intégrante pour la société sans religion qu'est celle du Japon d'aujourd'hui.

Ainsi, le peuple japonais réussira à établir, je l'espère, sa propre démocratie, en créant une synthèse de toutes les traditions humaines de l'Est et de l'Ouest pour une base commune de la future communauté du monde.

SUMMARY

The past and the present of a nation must be well-known in order to foresee its future, but its national characteristics must also be well-known. Then we must look into the historical world more thoroughly, comparing the nation at issue with other nations, that will reveal a certain resemblance as to some problems.

In short, classical cultures of human antiquity, that have their common characteristic in the high idealism of a rational mind and fraternal love, attained maturity in the Orient and the Occident in a short time, scattering themselves to the opposite ends of the ancient world. Another curious thing is that in these two opposite ends of the Eurasian continent the historical development of human culture has evolved in three principal steps, essentially alike to each other: the Ancient Times of a natural and human atmosphere, the Middle Ages of military feudalism and religious morale, and then a Modern Time followed by an intellectual revival, a religious reform and a social revolution.

Bearing in mind all these comments, what conclusion do we come to in the end? Modern Japan of today will follow the direction of Anglo-American democracy, but in a more complicated, hesitant and dangerous way. This last being perhaps unavoidable, a return to its national tradition would be better, but it will do for a short time as an integral strength for a society without religion similar to the Japan of today.

Then the Japanese people will succeed in settling their own democracy, creating a synthesis of all human traditions of the East and of the West to form a common basis for the future and world-wide community.

